

CARTA VI

RETORNO DE LIMA Y VISITA DE DESPEDIDA A TIERRA

U.S. navy Guerriere, en Callao

Julio 3, 1829.

En ésta tienes, querido H...., mi última fecha abordó del "Guerriere"; son ahora las 10 de la noche y el "Vincennes" parte mañana.

He regresado hace dos días de Lima bastante enfermo, después de haber estado muy indispuesto los tres días anteriores e impedido consecuentemente de gozar de lo que me rodeaba.

La atmósfera y el clima de Lima, durante la quincena de mi estadía, me han desilusionado tanto como el desolado aspecto del país y el estado de la capital. En esta latitud es invierno, y para mí, en este sentido, ha sido enfáticamente, "el invierno de mi descontento". Hay en la atmósfera una nebulosidad constante y una llovizna menuda, irónicamente denominada por los marinos que sufren sus molestias en las guardias nocturnas y matutinas, "rocío peruano", el que dista mucho de producir en mi visión el efecto de un vidrio Claude Lorraine. Aun en la brillantez del verano, aunque igualable y tan suave como un día de mayo nuestro, me dicen que para los residentes extranjeros es tan dañino como hermoso; que sonríe sólo para destruir. Su blandura mina insensiblemente los poderes de la constitución corporal y el resultado es prematura decrepitud y una temprana muerte.

Las visitas de principal interés que hice en Lima, después de la del Padre Arrieta, fueron las iglesias y monasterios de los monjes dominicos y de San Agustín; las capillas de los conventos de monjas de Santa Ana y Santa Clara, donde tuve la visión, a través de un oratorio, de las monjas en oración, etc.; a una escuela lancasteriana, algunos de los hospitales y el Panteón o lugar de entierro a tres millas de la ciudad, hacia la parte alta del valle del Rímac.

La escuela, la única de esta clase en la ciudad, funciona en una parte del convento de Santo Tomás. Está en estado de perecer y tiene sólo ciento cuarenta alumnos aunque la población de la ciudad es de cincuenta mil. El Director parece ser un hombre inteligente y muy interesado en el éxito de su experimento en la república, pero se queja de la falta de apoyo. El General Santa Cruz cuyo retrato de tamaño natural cuelga de la pared de una de las aulas, apoyó calurosamente la institución cuando fue jefe del gobierno, pero ninguno de sus sucesores ha seguido este valioso ejemplo.

El Panteón se distingue perfectamente desde el puente y las murallas de Lima y desde varios puntos del camino que conducen a él. El edificio principal, con frente a la calle, es un octágono de noventa pies de circunferencia y con un majestuoso domo que se ve desde todas las direcciones emergiendo entre las dispersas plantaciones de cipreses, dentro de un recinto que cubre cinco a seis acres de terreno. En una rotonda, inmediatamente debajo del domo y en el centro del edificio hay un sarcófago de vidrio conteniendo una reproducción a tamaño natural de nuestro Salvador en su tumba, el único objeto que atrae especialmente la atención cuando se le atraviesa para pasar al interior.

Cuando ocurre un entierro el cuerpo no es depositado en la tierra, sino que es colocado en posición horizontal en un nicho de las anchas paredes edificadas con ese propósito. Se le rodea luego con cal y la apertura frontal es cerrada con yeso. Estos nichos están ordenados en filas unos encima de otros y se alquilan por cierto tiempo, de acuerdo con la riqueza y el rango de la persona fallecida y a cuya expiración los restos son arrojados en una fosa común, o, si la persona es pobre o desconocida, son arrojados sobre una muralla de la parte posterior donde la superficie del terreno está blanqueada con los fragmentos de los restos humanos y literalmente "un lugar de calaveras". En realidad todo el establecimiento, a pesar de la precisión de su arquitectura y belleza de su aspecto exterior, por el descuido de los entierros y la innecesaria exposición del último lugar de recepción común, es un lugar desagradable, y, desde el momento en que se entra, está evidentemente para cada sentido "lleno de huesos de hombres muertos y con toda su impureza".

Desde mi retorno a la "Guerriere" he estado principalmente ocupado con los arreglos para la prosecución de mi viaje. Después de haber despachado la mayor parte de mi equipaje a bordo del "Vincennes", esta tarde hice una caminata de despedida en la

playa, y confirmo por una segunda inspección al puerto la opinión de que el Callao es decididamente el lugar más miserable que yo haya observado en un país civilizado.

El Castillo y fortaleza, a pesar de todo, constituyen una noble construcción y ha sido erigida de acuerdo con los más reconocidos principios de la ingeniería moderna. Como ya ha ocupado, y lo continuará haciendo, un lugar en la historia del Perú, me sentí obligado a inspeccionar sus obras y solicité permiso de ingreso al Gobernador. Se me concedió amablemente y se nombró un oficial para guiar al Guardiamarina Henderson y a mí por entre los baluartes y a través de las torres. La fortaleza es grande, incluyendo dentro de sus murallas casi una población, con una iglesia y una especie de prisión estatal; esta última un horrible lugar con tenebrosas celdas llenas de cientos de convictos sin ocupación, amontonados en medio de suciedad y andrajos. En toda la masa noté dos o tres ingleses o irlandeses asaltantes de caminos, que habían sido sentenciados a quince años de prisión.

Después de habérsenos mostrado todo lo que fuera digno de particular atención, con un agradecimiento a la cortesía del Gobernador y al oficial que nos había atendido, nos despedimos y recruzando el puente colgante nos dirigimos hacia el sitio y ruinas del "Callao viejo", en el punto que estaba cuando fue totalmente destruido por el gran terremoto de 1746, la calamidad más terrible de su clase que se recuerda, en la cual toda la población pereció en un momento y el mar, como una montaña, cubrió sus ruinas, hundiendo muchas de las embarcaciones del puerto en su poderosa marejada y arrastrando una fragata tierra adentro, dos millas.

El lugar y los objetos visibles, iban de acuerdo con el tono de mis sentimientos. No estando acostumbrado a la más ligera indisposición, la opresión que padezco al momento ha afectado en cierta forma la vivacidad de mi espíritu, y dada la rapidez con que se rompen mis asociaciones y vínculos a bordo del "*Guerriere*", no estoy sólo enfermo del cuerpo sino también bajo la influencia del "*mal du pays*". Cansado de cambios, tan excitantes y penosos, mis pensamientos vuelan con un calor mayor que el ordinario hacia los objetos vinculados a mí de por vida; y como, con la imaginación, escalé los Andes y toda otra barrera interpuesta entre mí y el "feliz valle" alrededor de la corriente del Otsego, mi único lenguaje es "¡Oh! cómo poseyera las alas de una paloma para entonces volar" no a "las soledades", sino a todas las bendiciones de mi país y hogar!

Pero retornemos a la escena del terremoto. En la superficie del

terreno, en una gran extensión se ven los restos de las casas e iglesias cuyas bases están profundamente enterradas y se divisan aquí y allí sectores de paredes caídas o inclinadas conforme se derrumban por las trepidaciones de la tierra, con una profusa dispersión de huesos y cenizas por doquier.

No satisfecha con la exhibición de los daños que ofrece esta antigua catástrofe, la generación actual ha agregado una deformación horrible al escenario, al convertir las ruinas en receptáculo para los cuerpos insepultos de los cientos y miles que han perecido por el hambre o la espada en las convulsiones políticas de los últimos diez años, adentro y afuera de la vecindad del castillo. Montículos de cráneos y desarmados esqueletos están esparcidos por todos lados mientras que cuerpos enteros, encogidos y secos como momias, con los vestidos con que fueron fusilados o muertos todavía discernibles —de los que una vez fueron vistosos uniformes de los oficiales y soldados a los andrajos y jirones del mendigo y ocasionalmente aquí o allí un sudario— yacen desparramados en la superficie en morbosa confusión y deformidad! La escena era demasiado horrible para contemplarla y casi excesiva para describirla de modo que nos alejamos para ir hacia la playa por el lado de la punta abierta a la plena rompiente del mar.

Había aquí el oleaje más terrible y salvaje, como si fuera a precipitarse nuevamente contra su usual barrera y desolar la tierra. Bajo un cielo oscuro y encapotado —que también se veía melancólico— retorné a bordo, enfermo del corazón por tantos testimonios advertidos entre vivos y muertos, en la brevedad de una caminata de una hora, del pecado, tristeza y calamidad de los cuales el mundo ha estado y todavía está tan lleno!

Era casi la puesta del sol cuando dirigí mi último mensaje y mi última oración a la tripulación, no calculada en la asociación inmediata y necesaria para disipar la tristeza, y ella tuvo como única fuente el verdadero consuelo y vivacidad de un mundo que no cambia, donde “se secarán todas las lágrimas de nuestros ojos” y “habrá placeres eternos”, traídos dulcemente por estas hermosas líneas del himno de Moore:

“Oh! who could bear life's stormy doom
Did not thy wing of love

Come brightly wafting thro' the gloom
Our peace-branch from above?

Then sorrow, touch'd by thee, grows bright,
With more than rapture's ray;

As darkness shows us worlds of light
We never saw by day." (*)

(*) "Oh! quien podría soportar la violenta sentencia de la vida | si tus alas de amor | No vinieran flotando suavemente por las tinieblas | Como nuestra salvación desde lo alto?. | Después la tristeza, tocada por Tí resplandece, | más que el rayo del éxtasis, | como cuando la oscuridad nos muestra mundos de luz | Nunca vistos en el día".